

del concilio se valió de documentos originales. Trátase de saber cuáles fueron estos.

No creo que los que pudo conseguir de Oliva, secretario del primer legado en el concilio, ó de Ferrier, embajador francés en Venecia, que había asistido al mismo, tengan grande importancia. En cuanto á Oliva, Sarpi se engaña, haciéndole dejar el concilio ántes del tiempo verdadero en que lo verificó; las actas francesas no tardaron en publicarse, y la influencia, tanto del secretario como del embajador, que pertenecían al partido de los descontentos, afirmó el odio de Sarpi contra el concilio. Las colecciones de Venecia, como las cartas de los legados, por ejemplo Monte, las de los encargados de negocios, como Visconti, las revelaciones de los nuncios, como Chiericati, los diarios minuciosos redactados despues del concilio, las cartas de aviso, y multitud de otros monumentos de mayor ó menor autenticidad, le suministraron gran copia de documentos verdaderos, y fué fortuna suya el poder servirse de escritos no publicados, y que Pallavicini no logró proporcionarse á pesar de su mucho crédito, siendo siempre necesario, en tratándose de ellos, atenderse á la obra de Sarpi.

Pero ¿cómo los consultó? Se los apropió en gran parte sin digerirlos. Courayer afirmaba tener entre las manos una relacion manuscrita sobre las congregaciones de 1563, « que nuestro historiador consultó ó casi copió palabra por palabra. » Yo poseo manuscrita una *Storia del S. concilio di Trento scritta per M. Antonio Milledonne, secretario veneziano*, conocida por Foscarini (*Lett. venez.* 1331) y por Meudham, autor contemporáneo, no sin importancia aunque breve, é informadísimo acerca de las últimas sesiones del concilio. Ahora bien, Sarpi la copió, frecuentemente á la letra, salvo aquellos puntos que Milledonne consagra al elogio de alguna persona.

Las cartas de Visconti, que Sarpi tenia á la mano, fueron impresas mas adelante, y cotejándolas con Sarpi, hallamos que las siguió paso á paso fielmente. Confróntense, por ejemplo, las cartas de Visconti, II, 174, y la obra de Sarpi, VIII, 733.

Sin embargo, Sarpi no es un copista vulgar; cuanto mas se le compara con las fuentes donde bebió, mas se conoce que sabe perfectamente completar uno con otro los varios relatos, y dar realce al estilo; pero á la par se ve claro que tiende á producir una impresion desfavorable al concilio.

Semejante modo de escribir ejerce alguna vez grande influjo sobre la exposicion de los hechos, como se ve en el relato de la conferencia mas importante, á saber, la de Ratisbona en 1541. Al exponerla sigue fielmente á Sleidan, y sin tener quizá á la vista la relacion hecha por Bucer. Cuando consulta á estos autores alemanes, incurre en el error arriba mencionado; los Estados responden dos veces, durante la Dieta, á las proposiciones del emperador, sin convenirse nunca. El colegio electoral estaba por la proposicion del emperador, y el de los príncipes por la contraria; pero con la diferencia de que los príncipes cedieron la primera vez y resistieron la segunda, dando una contestacion evasiva. Sarpi procura explicar esta oposicion del colegio de los príncipes, observando que *había allí muchos obispos*; lo que sin duda es un punto esencial para la constitucion del imperio, y desnaturaliza enteramente la idea que se debe tener de él, atendido que los obispos no se sentaban en el colegio de los príncipes.

No nos detendremos mas en esta cuestion; lo importante es demostrar de qué manera consulta Sarpi las fuentes particulares mas secretas, y que podía esperar permanecerian largo tiempo ocultas.

Para escribir sobre la Dieta de Ratisbona, consultó las instrucciones de Contarini, que despues el cardenal Querini hizo imprimir conforme á un manuscrito veneciano. Desde luego se nota que Sarpi intercala acá y allá, en los diálogos del legado con el empera-

dor, las explicaciones contenidas en estas instrucciones, poniéndolas en boca de Contarini; y es innegable que tal modo de proceder desfigura muchas veces la verdad. El legado recibia diariamente nuevas instrucciones, y segun Sarpi, propuso enviar á Roma tan solo aquellos artículos en que no estuviesen de acuerdo, y esto cabalmente cuando recibia la órden de someterlo todo á la aprobacion de Roma, hasta los artículos en que no hubiese disidencia.

Á este primer error con que Sarpi aplica algunas palabras de las instrucciones á un caso extraño á ellas, añade otros mas considerables. En las instrucciones, el papa se presenta como adversario de un concilio nacional; Sarpi refiere el hecho, pero dice en seguida que el mismo emperador expresó este pensamiento: *Una nacion que cambia de religion, cambia tambien facilmente de gobierno.* ¿Hemos de creer al autor bajo su palabra? En las instrucciones no existe la menor indicacion en su apoyo, y semejante idea solo se expresó cuando posteriormente siguieron en Europa otros acontecimientos.

Encuentro otro error de mas cuantía. Sarpi añade en el relato del primer diálogo entre Contarini y el emperador palabras importantes de las instrucciones del papa, el cual se excusa de no haber dado al cardenal poderes extensos, como lo habían deseado el emperador y el rey. Las palabras son vagas é indeterminadas; pero precisamente en esto se veia la posibilidad de un buen resultado, y el diálogo no hubiera tenido objeto sin la perspectiva de una transaccion. La manera como Sarpi da cuenta de estas palabras destruye toda esperanza, pues pide el reconocimiento de la bula de Leon X, es decir, la condenacion de las doctrinas de Lutero.

En general, Sarpi no quiere confesar nunca que la Santa Sede mostrase condescendencia; á Contarini, que sostiene la autoridad pontificia, le presenta con las formas mas ásperas, y le hace decir: « El papa no puede comunicar á nadie absolutamente el derecho de decidir acerca de las opiniones dudosas en materia de fe; solo él recibió el privilegio de la infalibilidad con las palabras *Ego rogavi pro te.* » De todo esto no se encuentra una sílaba en las instrucciones.

Sarpi expresa un juicio erróneo sobre el papazgo. Este, despues de la restauracion religiosa, se había hecho mas inflexible de lo que era en los dias de peligro. Sarpi no lo vió sino en la plenitud de su poder, y trasladó á los tiempos anteriores cuanto había visto y sentido, explicando todos los documentos impresos ó manuscritos que halló, segun sus ideas y simpatías, fundadas en la situacion de su patria.

Tenemos ademas de fray Pablo una *Istoria particolare delle cose passate fra il romano pontefice Paolo V e la serenissima repubblica di Venezia* (Lyon, 1624), escrita en el mismo espíritu. Poco ó nada encontramos en ella sobre la discordia que estalló con tal motivo entre los Venecianos, y que es un episodio tan importante de la historia interna de aquella república. Segun él, no había en Venecia mas que una opinion; habla siempre del *princeps*, bajo cuyo nombre indica el poder del Estado Veneciano: ficcion que le impidió dar á conocer las divisiones intestinas de Venecia. Pasa rápidamente por las cosas menos honrosas para la república, por ejemplo, la extradiccion de prisioneros, como si ignorase la razon por que fueron entregados primero al embajador, y luego al cardenal. Tampoco dice que los Españoles se inclinaban á excluir á los Jesuitas, pues había jurado odio mortal á unos y á otros, y quiere ignorar que los intereses de entrambos se habían dividido en Venecia.

Su historia del concilio tiene el mismo defecto. Las fuentes están recogidas con esmero, consultadas con maestría y redactadas con un espíritu de oposicion sistemática; censura, condena, se muestra hostil á todo propósito. Su obra es el primer ejemplo de una

historia escrita con intencion decidida de denigrar, aplicándola á todos los hechos que deben ser objeto del estudio del historiador; pero ha tenido muchos imitadores.

Un libro como el de Sarpi, que contenia tantos pormenores no publicados ántes, lleno de ingenio y malicia, en el cual se exponian y discutian hechos cuyas consecuencias se sentian aun en la marcha de aquel siglo, debía naturalmente producir gran sensacion. La primera edicion apareció en 1619; y ya en 1622 estaba traducido en alemán, francés y latín; habiendo tenido tan solo el latín cuatro reimpressiones.

La corte de Roma pensó en hacerlo refutar, principalmente porque contenia gran número de errores, evidentes para todo el que conociese los negocios de aquel tiempo. El jesuita Terencio Alciati, prefecto de los estudios en el Colegio romano, principió á reunir datos para una refutacion titulada: *Historie Concilii Tridentini a veritatis hostibus evulgata elenchus*; pero murió en 1631, ántes de haber coordinado y elaborado los documentos recogidos. Goswin Nickel, general de los Jesuitas, eligió para terminar aquella obra al padre Esforecia Pallavicino, que había mostrado ya cierto ingenio literario, y que en 1636 publicó la *Istoria del Concilio di Trento*, en tres grandes tomos en 4º.

Este libro, que contiene materiales sin número, es de una importancia capital para la historia del siglo xvi, pues empieza en el origen de la Reforma; el autor pudo registrar los archivos, consultar los documentos encerrados en las bibliotecas de Roma, y tuvo á su disposicion, no solo las actas del concilio, sino tambien las correspondencias de los legados con Roma y otros puntos: constantemente cita los títulos al margen. Su principal objeto es refutar á Sarpi; así pues, á cada tomo agrega un catálogo de *errores de hecho*, de que pretende haber convencido al adversario, y que suman 361; pero hay, dice, infinitos mas que han sido rebatidos, y que no se citan en el catálogo.

Para formarse idea del método de Pallavicino, tomemos algun ejemplo:

Habiendo tenido á mano muchos documentos secretos, y compuesto con ellos su libro, importa ante todo saber de qué modo los consultó; nos sería fácil conseguirlo especialmente respecto de los que fueron impresos mas adelante. Yo tuve la fortuna de poder examinar toda una serie de papeles que él cita y que jamas se han publicado; así, pues, cotejarémos los originales con su obra.

4º Preciso es hacer justicia á Pallavicino, diciendo que los extractos de instruccion y los papeles oficiales son de una escrupulosa exactitud, y que los consultó cuidadosamente. Yo comparé las instrucciones que el embajador español recibió en noviembre de 1562, la respuesta que el papa le dió en el siguiente marzo, las nuevas instrucciones enviadas por el pontífice á su nuncio, y lo hallé todo enteramente conforme con los extractos de Pallavicino (XX, 10; XXIV, 1).

Cuando se envió á Visconti á España y á otro individuo á la corte del emperador, pretende Sarpi que la comision que llevaron de proponer una conferencia, era tan solo aparente (VIII, 6): conjetura aventurada, pues esta proposicion era uno de los puntos por que instaban mas las instrucciones, y Pallavicino insiste en ello con razon.

2º Pallavicino no es siempre el que está mejor informado. Cuando Sarpi dice que Paulo III, con motivo de la conferencia de Busseto, propuso á Carlos V conceder el Milanesado á un sobrino suyo casado con una hija natural del emperador, Pallavicino emplea un capítulo entero en refutarlo, negándose á creer á los historiadores que lo refieren. El ardor con que se expresa induce á pensar que Pallavicino estaba de buena fe; y sin embargo, los despachos de embajador de Florencia prueban que el hecho pasó como lo cuenta Sarpi (despacho Guicciardini del 26 de junio de 1542),

descendiendo á mas particularidades sobre el propio asunto una biografia manuscrita del marques del Basto; citarémos tambien un *discurso* del cardenal Carpi, dirigido al mismo objeto, que el papa no había abandonado aun en 1547. (*El cardenal de Bolonia al rey Enrique II*, en RIBIER, II, 9.)

3º Pero ¿se engaña Pallavicino de buena fe? La ortodoxia del siglo xvii no podía de ningun modo aprobar un convenio por el estilo del de la paz religiosa; y Pallavicino lamenta los perjuicios que ocasionó á la corte de Roma, y lo compara con un paliativo que causa una crisis mas peligrosa que la enfermedad. Tuvo, no obstante, á la vista una relacion de esta paz, redactada por un nuncio convencido de su necesidad. Era Delfino, obispo de Lesina, y Pallavicino cita la relacion de este obispo remitida al cardenal Carrafa, y la consulta; pero ¿de qué modo?

Todas las razones con que Delfino muestra la necesidad de aquel convenio, Pallavicino las convierte en motivos de excusa alegados por Fernando respecto de sí mismo. El nuncio dice que no había entonces príncipe ni ciudad que no estuviese en disputa con sus vecinos, y cita los nombres: el país estaba arruinado; Brandeburgo, Hesse, Sajonia de Naumburgo hablaban de una Dieta que oponer á la del imperio, y querian conservarse unidos: el rey había suplicado al emperador que celebrase mas bien la paz con Francia, á fin de dirigir toda su atencion á la Alemania; sin embargo, el emperador se negó á ello, y los Estados se reunieron en medio de tantas desgracias. El rey confirmó entonces los artículos sobre que se habían puesto de acuerdo ambas partes; los Estados lo hicieron con mucha alegría, y nunca, desde el tiempo de Maximiliano, se había visto tan tranquila la Alemania.

Pallavicino refiere estos hechos (XIII, 13), pero debilitándolos mucho con ponerlos en boca de un príncipe, que no propende sino á excusarse. Consultó todo el documento, lo tradujo del estilo del siglo xvi al del siglo xvii; pero hizo mal uso de su contenido. (*Paréceme que en el pasaje de que se trata, Pallavicino solo quiso mostrarse retórico, como otras veces para compaginar un discursillo conforme al estilo de la época; erró por vicio de escuela, no por mala fe; si no sucedió así, me engaño mucho.*)

4º Deteniéndonos á considerar las relaciones del pontífice con Fernando I, hallamos alguna censura mas que hacer. Se sabe que el emperador insistió en una reforma, que no podía agradar á un papa. En los primeros meses de 1563, Pio envió dos veces á sus nuncios, que lo fueron primero Commendone y luego Morone, á Innsbruck, donde residia entonces el emperador, para hacerle desistir de su oposicion. Eran comisiones importantísimas y decisivas para el buen éxito del concilio; por lo cual interesa ver lo que dice de ellas Pallavicino (XX, 4). Tenemos la relacion de Commendone, del 10 de febrero de 1563, que tuvo á la vista Pallavicino.

Ante todo conviene observar que este debilita mucho las expresiones usadas por la corte imperial y los designios que allí se formaron. Hablando de la armonia que existía á la sazón entre el emperador, los Franceses y el cardenal de Lorena, hace decir á Commendone, que es de creer se avengan entre sí y se ayuden en las empresas. Commendone dice todo lo contrario, y en la corte imperial se piensa, no solo en favorecer la reforma de la Iglesia de concierto con Francia, sino en hallar modo y forma de tener mayor parte y autoridad en el presente concilio, para establecer en él todas sus peticiones en union de los Franceses.

Pallavicino pasa de la misma manera saltando por cima de pormenores. Creían en la corte imperial que con un poco mas de condescendencia y una reforma seria se hubiera podido obtener mucho respeto de los protestantes. No quiero indagar quiénes podían ser

estos protestantes, de los cuales había que esperar la vuelta al Catolicismo, ejecutando reformas convenientes; pero las palabras pronunciadas son demasiado ofensivas para que la corte romana debiese comunicárselas. Hablándose de las dificultades que se encuentran en el concilio, Seld respondió: *Oportuisset ab initio sequi bona consilia*. Pallavicino recuerda las quejas expresadas con motivo de estas dificultades, pero calla la respuesta; comunicando en su lugar por extenso una sentencia del canciller á favor de los Jesuitas, y nuestro autor se detiene con gusto en lo que le agrada, y disimula lo que pudiera contrariar su opinión y los proyectos de la corte romana.

5^o Esta conducta debía, por necesidad, falsear á veces el modo de considerar el asunto. Citáremos un ejemplo. Los Españoles presentaron en 1547 algunos artículos de reforma, indicados bajo el nombre de *censuras*. Poco después fué trasladado el concilio, y ciertamente las censuras contribuyeron mucho á este paso. Lo que sin duda tenía suma importancia, es que los partidarios declarados del emperador Carlos elevaron extrañas pretensiones en el tiempo en que era vencedor. Sarpi habla de ello largamente (II, 262), y hasta refiere las respuestas del papa; pero pretensiones tan exageradas por parte de los prelados ortodoxos parecen nada á los ojos de Pallavicino; y dice que Sarpi cuenta con tal motivo un cúmulo de cosas, de las cuales no pudo encontrar la menor huella. El único hecho que descubrió fué una contestación del papa á ciertas proposiciones de reforma, hechas por muchos padres, y que le indicó el presidente (IX, 9); pero se abstiene de citarlos, considerando que pudieran servir de obstáculo para refutar los motivos puramente humanos que, según Sarpi, determinaron la traslación del concilio.

6^o Pallavicino sabe disimular lo que no le agrada; por ejemplo, en el libro III cita á veces una relación veneciana de Soriano, y dice que el autor asegura tener un conocimiento cierto y preciso de los tratados celebrados entre Clemente y Francisco. Pallavicino no piensa en contradecirle (III, 12, n. 4); y en su relato admite algunos hechos comunicados por Soriano, entre otros el de que Clemente lloró de dolor y de cólera al oír que su sobrino había sido hecho prisionero del emperador. Le da, pues, entero crédito, y hasta advierte que Soriano está en oposición con Sarpi, su compatriota, el cual dice: *El papa negoció una alianza con el rey de Francia, la cual se concluyó y aun estableció con el matrimonio de Enrique II, hijo segundo de Catalina*.

Al llegar aquí Pallavicino monta en cólera, y niega que el papa formase alianza con el rey, « como temerariamente dice Soave, » y cita el testimonio de Guicciardini y Soriano. Ahora bien, ¿qué dice Soriano? Refiere con extensión cómo y dónde empezaron las buenas disposiciones del papa respecto de los Franceses; muestra el carácter político que tenían; habla al fin también de los tratados de Bolonia, y no niega resueltamente que se llegase á contraer una verdadera alianza; solo dice que el tratado de alianza no se extendió por escrito. Mas lejos refiere que *S. M. Cristianísima pidió que S. S. observase las promesas hechas en Bolonia*, lo cual, según el mismo autor, fué una de las causas de la muerte del papa. Sin duda Sarpi se equivoca cuando dice que se celebró un tratado de alianza propiamente dicho, y Pallavicino tiene razón de impugnarle; pero Sarpi se acerca más á la verdad, porque se había establecido de palabra, si no por escrito, la unión más estrecha.

7^o El ánimo de Pallavicino en nada se ve mejor que en la parte de su libro referente á la conferencia de Ratisbona. Pallavicino, como es de creer, tuvo también á la vista instrucciones oficiales, y el modo de referirlas convence plenamente de ello. Se irrita contra Sarpi, y le censura por haber hecho al papa declarar su intención de dar satisfacción á los protes-

tantes, con tal que se conviniere con él acerca de los principales dogmas católicos, y encuentra aquel aserto diametralmente opuesto á la verdad. Pues qué, ¿sería verdad lo contrario? En las instrucciones del papa se dice: *Videndum est, an in principis nobiscum conveniant, quibus admissis, omnis superalitiis controversiis concordia tentaretur*, etc. Lo cierto es que Sarpi comete aquí un error, restringiendo demasiado las palabras del legado, y hablando demasiado poco de la condescendencia del papa; pero Pallavicino, en vez de mostrar la verdad, sostiene que Sarpi exageraba: luego entra en una distinción de artículos de fe y otras cuestiones; distinción que no existe en la bula, y asegura muchas cosas, verdaderas sí, pero que en nada destruyen las palabras contenidas en las instrucciones. Pallavicino, exacto en todo lo que es secundario, desnaturaliza lo esencial; en una palabra, se porta como un abogado que deseando defender en todos los puntos á su cliente, fuertemente inculpa, trata de presentarle bajo el aspecto más ventajoso; publica los documentos á su favor, y no contentándose con disimular los que pudieran perjudicarle, niega rotundamente su existencia.

Sería imposible seguirle en todas sus difusas discusiones: á nosotros nos basta haber dado á conocer en cierto modo su marcha.

Pallavicino y Sarpi son dos inteligencias de naturaleza totalmente contraria. Sarpi es sutil y maligno; su obra está dispuesta con un arte admirable; el estilo es puro y sencillo; y aunque la academia de la Cruzca no le haya contado entre los clásicos, probablemente á causa de algunas expresiones provincianas que se encuentran en su libro (*todo Italiano sabe cuán incorrecto es Sarpi en lo relativo al idioma*), su lectura es, sin embargo, grata; en cuanto al talento de exposición, ocupa indudablemente el segundo puesto entre los historiadores, al lado de Maquiavelo. Tampoco le falta talento á Pallavicino; es ingenioso en las comparaciones y hábil en la defensa, pero su talento adolece de pesadez, busca demasiado las frases, y sobrecarga el estilo de palabras. Sarpi es claro y transparente; Pallavicino tiene cadencia y armonía, pero es oscuro y superficial. Á ambos les falta imparcialidad; ni uno ni otro poseen la verdadera cualidad de historiador, que consiste en buscar la verdad y manifestarla en toda su luz. Sarpi se propone acusar, y Pallavicino defender á toda costa.

No se crea que Reynald ó Lepat puedan suplir enteramente la imperfección de los dos escritores de que acabamos de hablar. Reynald no hace muchas veces mas que extractar á Pallavicino: Lepat sigue á la letra ya á este, ya á Sarpi, y contiene menos documentos manuscritos de lo que era de esperar. Nos da cosas buenas y nuevas en las *Memoires of the council of Trent* de Meudham; por ejemplo, un extracto de las Actas de Paleotto, y las introducciones de este á algunas sesiones del concilio, como en la 20^a; pero Meudham no estudió su asunto cuanto convenia.

Si alguno quisiese escribir (lo que no es probable, atendido que esas materias han perdido mucha parte de su interés) una nueva historia del concilio de Trento, necesitaría retroceder al origen de los acontecimientos, reunir todas las negociaciones y debates de las juntas, entre las cuales muy pocas son conocidas de una manera auténtica; proporcionarse además los despachos de los embajadores que intervinieron en el concilio, y entonces únicamente le sería posible abrazar todo el asunto y examinar á fondo la obra de nuestros dos historiadores. Esta empresa no se efectuará nunca, pues que las personas que podrían llevarla á cabo no quieren, y las que querrian no pueden. »

(Q) pág. 265.

LIBERTINAJE DESCUBIERTO.

Al que se ponga á escribir seriamente la historia de los Italianos, no por medio de anécdotas ni como ejercicio retórico ó tema filosófico, recomiendo una fuente, hasta ahora olvidada, para conocer las costumbres de aquella edad, quiero decir, las visitas de los obispos á sus diócesis; cuyas actas existen en las curias, y los decretos de reforma de los sinodos diocesanos. Tuve ocasión de examinar algunos de esos documentos para ciertos trabajos municipales, y me pareció ver en ellos retratada la vida de aquel siglo, su lujo, sus preocupaciones, sus vicios.

Affo nos ofrece otro documento curioso en la *Vita inedita di Pier Luigi Farnese*; es una verdadera denuncia que los Jesuitas, introducidos poco ántes en Parma, hicieron al duque contra la inmoralidad de esta ciudad. La insertamos á continuación:

« Ilustrísimo y excelentísimo príncipe:

« Los cofrades de la venerable hermandad, con el título del santísimo y triunfante nombre de Jesus, hijo de Dios y Redentor nuestro, siervos indignos de la Divina Majestad y vasallos adictos y fieles de vuestra excelencia, confiando y esperando que vuestra excelencia proveerá al remedio de los muchos desórdenes que reinan en esta ciudad de Parma y su diócesis, por ser en deshonor de Dios, y contribuir á la condenación de las almas y frecuentemente á la perdición de muchos cuerpos y facultades, le suplican se digne con sus proclamas públicas, y sus prohibiciones, no obstante las que ha dictado ya en el mismo sentido nuestro ilustre señor gobernador, remediar también por sí tales excesos, á fin de imponer más terror á los delincuentes, haciendo de modo que sean todos aquellos extirpados, y especialmente los infrascriptos ó parte de ellos, según agrade á vuestra excelencia, aplicando á cada uno las penas que estime adecuadas al delito. Suplican sobre todo á vuestra excelencia, que mande proceder contra dichos delincuentes, sin consideración á ninguna clase de personas; pues poco ó nada vale expedir bandos, si no se hacen observar; ántes bien se convierten en escándalo y burla del pueblo, como mejor que estos humildísimos oradores lo sabe vuestra excelencia, á quien reverentemente y con todas las entrañas del corazón se recomiendan, rogando á Dios se digne aumentar, exaltar y hacer feliz á este su glorioso Estado. Advertiendo á vuestra excelencia que no les mueve á pedirle esta gracia mas que el honor divino y el alivio de sus conciencias, por estar la hermandad obligada, entre otras cosas, á poner en conocimiento del príncipe y de sus gobernadores todos los desórdenes que reinan en dicha ciudad, al mismo tiempo con el deseo de la salvación de las almas y de una vida pacífica; y todo esto en alabanza, gloria y honor del omnipotente Dios, y para exaltación, conservación y perpetuidad de este felicísimo Estado.

« Los que siguen son, pues, algunos de los desórdenes que reinan en esta ciudad y su diócesis:

« Primero, el poco amor y temor de Dios; lo cual se conoce en muchas cosas, y especialmente en que en su casa, esto es, en la iglesia, se negocia mas de lo que se acostumbra en los sitios públicos, hablándose como si se estuviese en el mercado; y no solo de asuntos civiles, sino también de cosas profanas y deshonestas; paseándose mientras se dicen los oficios divinos, sin mostrar ningún respeto, y acercándose hasta casi junto al altar, durante la celebración de tan gran sacramento, como si fuesen Turcos, Moros ó Judíos; conducta verdaderamente profana, y propia para provocar la justísima ira de Dios. Convendría

mandar que nadie se pasease en la Iglesia, á lo ménos mientras se dicen los divinos oficios, y hacer que las personas se arrodillasen cuando se alza la hostia; pues el mayor número se queda en pié sin la menor reverencia ni devoción.

« Además las horribles blasfemias que se oyen en todos los lugares y á casi toda clase de individuos, en tanta cantidad y de tal naturaleza, que es de admirar el que una sola no cause la total ruina de esta ciudad y su territorio, mejor dicho, que la tierra no se abra y sepulte á todos en el bátratro infernal.

« Además, que en los días festivos, dedicados á la alabanza y gloria de Dios, se trabaja y negocia por muchos, como se acostumbra en los no feriados; y aun se cometen mayores males y pecados, dándose especialmente torneos y bailes, sobre todo en las ciudades, que á menudo ocasionan muchas discordias y enemistades, y á veces efusión de sangre. Convendría, pues, prohibir que se ejecutasen de aquí en adelante á lo ménos en las ciudades, y también que anduviesen coches y se abriesen las tiendas en los días festivos, como asimismo que se emprendiese ningún trabajo de los vedados por la santa madre Iglesia.

« Además, hay algunas posadas particulares, llamadas tabernas, donde se juega también á la baraja y á los dados, y concurren meretrices; yendo allí diariamente toda clase de personas, en especial jóvenes, que se extravían del buen camino, gastando lo que debieran disfrutar con sus familias, en comidas superfluas, juegos, y otras cosas deshonestas, consumiendo de día y noche el tiempo y las facultades con gran dolor de sus personas, principalmente de sus pobres padres y madres, pues algunos desperdician en un día lo que han ganado en toda la semana y aun mas: fuera de que á menudo vienen á las manos entre ellos. Pero es peor que vengan á las manos con el sumo bien, Dios eterno, omnipotente, Creador y Redentor nuestro; y así como nuestra santa madre Iglesia católica se esfuerza en sus horas canónicas (como es debido) en alabar y exaltar á Su Majestad Divina, ellos ponen empeño en vituperar su santísimo nombre, diciendo cosas que no se dirían del mayor malvado del mundo, que no se han dicho quizá nunca del enemigo del género humano. Esta conducta nefanda es la que se observa en los mencionados días de fiesta y cuando se debiera asistir á los oficios divinos: cosa digna verdaderamente de ser considerada, y mas aun de buscarle remedio. También conviene impedir los juegos prohibidos en cualquiera parte que sea, pues en otros varios lugares se juega, y hay personas que trafican con ellos como si se tratase de una mercancía.

« Además que en dicha ciudad y su episcopado hay (puede decirse) infinitos concubinarios eclesiásticos y seculares; como asimismo algunos adúlteros, que retienen las mujeres contra la voluntad de sus maridos; cosa que tampoco debe tolerar vuestra excelencia, tanto mas cuanto que esto no puede suceder sin gravámen á veces de algunos nobles, parientes de aquellos; y puede causar muchos males, sobre todo homicidios. De consiguiente, convendría impedir tales excesos á lo ménos cuando se hagan públicos, aunque por temor á la vergüenza no den lugar á contienda. También deben prohibirse las serenatas, porque á menudo son causa de muchos males, sin contar el escándalo.

« Además, una turba de muchachos suelen dar en las calles públicas algunas batallas con piedras y otros instrumentos, de las que muchos salen heridos, á veces gravemente, y es posible que un día sus padres vengan á las manos. Sería muy acertado poner término á tales diversiones.

« Además, varios bribones andan todo el día ociosos por la ciudad, en especial por la plaza; donde algunos de ellos juegan públicamente ó en otros parajes de su gusto, sobre todo en las plazuelas ó sean plazas